



LA TIMIDEZ DE LOS ESCRITORES

Mucho se habla de la timidez de los actores, no tanto de la de los escritores. Y se da. ¿Por qué se creen que nos dedicamos a escribir?

Dejaré de hablar por mí y por todos mis compañeros. Mejor les cuento esto en primera persona de singular.

Si escribo es, sobre todo, porque soy tímida. Porque me cuesta alzar la voz, porque necesito un tiempo para saber qué pienso, qué siento..., necesito tiempo para articular todo eso en un discurso. Escribo porque prefiero quedarme en silencio. Si me ven en una fiesta hablar y reír y decir tontadas, es probable que esté actuando. Claro, se habla de la timidez de los actores porque en su caso resulta paradójica. «Anda ya va a ser este tímido si luego se planta ante todos esos espectadores». No es el caso de los escritores. Los tímidos eligen ser escritores porque escribir es una labor solitaria que te garantiza cierta distancia con tu interlocutor. Aquel a quien hablas, tu lector, no clava sus ojos en ti sino en tus palabras. Y ahí, en esas palabras, estás tú, sí, pero en diferido, esquivando ese mirar a los ojos que causa tanta zozobra. Sí, escribir ahorra el contacto directo.

O eso se cree uno cuando se hace escritor. Ja.

Llegan luego las peticiones de encuentros, de firmas en la ferias, de charlas... y el escritor tímido dice a todo que sí porque el «no» es de los osados y de los arrogantes, y bastante conoce el tímido el peligro de que se confunda una cosa (la timidez) con otra (la arrogancia). Así que «sí», allá va, allí está la escritora que se hizo escritora por timidez, delante de veinte, cincuenta, cien, quinientos lectores, que además tienen siete años, porque ¿hemos dicho ya que la escritora tímida, esa que dijo que iba a hablar en primera persona de singular pero, por timidez y pudor, ha pasado hace ya un rato a la tercera; hemos dicho ya que esa escritora que soy yo escribe sobre todo literatura infantil y juvenil?

¿Y qué hace entonces la escritora tímida que no se atreve a alzar la voz?

Lo primero, se agencia un micrófono portátil. Se ata a la cintura una riñonera-altavoz con aspecto tecnológico *viejuno* y se coloca un mi-



crófono de diadema que le hace sentir Lady Gaga o –los días malos– una empleada del McDonald's.

Y se pregunta: ¿qué quieren de mí? ¿Qué esperan? ¿Una *Big Mac*? ¿Unas patatas *deluxe*? ¿Alguien que apoye la cabeza en la barbilla y se muestre sesudo y distante? Pero son niños. ¿Un cuentacuentos? ¿Una «profe»? ¿Un payaso?

Y por si es eso, y porque a la escritora tímida le encanta hacer reír, y más a los niños, hace lo que haría cualquier tímido: actúa. Se vuelve actriz, y los niños ríen, y ella se siente feliz en este trabajo insospechado al que le ha conducido inesperadamente ese ser escritora.

Además, cuando llegan las preguntas, la escritora se da cuenta de que, al fin y al cabo, tampoco los niños la esperaban a ella, qué va. Ellos esperaban a su personaje, la ardilla, *Rasi*, y le preguntan si *Rasi* es chico o chica, cuántos hermanos tiene... porque la ardilla, la ardilla que inventó la escritora tímida, es real.

Y con esto le regalan a la escritora una lección: que igual el verdadero refugio no está en las palabras sino en la ficción, en creer a pies juntillas que existen esa ardilla, los Reyes Magos, el amor, la felicidad completa... cualquiera de las cosas que un escritor, quizá algo tímido, hizo aparecer en un libro. ▴

*Begoña Oro es escritora. <http://www.begonaoro.es>